

que mis ojos divisan ; y sin embargo esas pujantes barreras continúan limitando el horizonte, y siempre las mismas montañas empujan sus gigantescas cimas en el luminoso espacio. »

Estas pintorescas descripciones de la gala á la vez opulenta y magestuosa que ostentan las regiones tropicales de la India, bastan para convencernos que no es invención reciente de los poetas modernos el don de contemplar la naturaleza, combinado con esa melancolía transparente que mece el alma y el corazón sublima ; doble y preciosa facultad conocida de la antigüedad más remota, cuya voz, con no menos fuerza y gracia que la nuestra, expresaba la obra divina y el corazón humano.

## XV

El compañero de Rama indica al héroe la ruta en términos tan poéticos como los precedentes.

« Por ahí está nuestro camino, » le dice... » mas allá se eleva imponente el soberbio Croncharat, en cuyas faldas que cubren copudos árboles, grazna el negro cuervo y gime la lúgubre lechuza, mientras que en sus sonoras cavernas, se engolfa silvando el aquilón. Innumerables pavones con discordantes gritos, encaramados en los árboles que abate y destruye el tiempo, persiguen las espantadas culebras... A lo lejos, en la parte meridional, se prolonga la cordillera de montañas, cuyos elevados picos cubre una

diadema de nubes ; de sus faldas brota y mana hervor el torrente que llegará á ser caudaloso río, con un fragor horrendo que cóncavas repiten las cavernas ; á sus piés el raudal sagrado reúne en una sola corriente anchurosa esos impetuosos riachuelos, que mugidores se encuentran para confundirse. » (Ambos desaparecen bajo los árboles.)

Una de las mugeres que viven reclusas, pinta en estos términos á una de sus compañeras la disposición de espíritu del desventurado amante :

« Hace ya tiempo que Rama lleva en su corazón el luto de su esposa, aunque bajo la calma exterior cobije el pesar que carcome los resortes de su vida. La prostración de su cuerpo indica el dolor que despedaza su seno. ¡ Ay de quién incube una aflicción secreta ! ¡ Ay de aquel cuyo ánimo debe doblar el pesar ! »

## XVI

La misma Sita, enviada por una divinidad bienhechora para ofrecer un sacrificio en el bosque, se muestra en este momento. La desolada esposa ignora que en esa soledad respira la pareja divina que engendró á orillas del Ganges. Arrebatados del seno maternal inmediatamente después de su nacimiento, ambos gemelos cuentan ya doce años. El elefante favorito que conduce á la madre, se halla á pique de perecer víctima de otro elefante monstruoso que lo acomete en las márgenes del río. A los gritos de las mu-

geres, acude Rama y salva el elefante de la reina, pero sin reconocer á Sita á quien los dioses vuelven invisible. No obstante, Rama apostrofa en los términos siguientes á su esposa que ausente juzga :

« Sita, mi brazo ha cumplido tu voto ; gracias á mi valor puede marchar sin peligro tu elefante favorito, el mismo que, cuando holgaba en sus primeros años, alargaba diestra y delicadamente su trompa, para coger, en tus orejas, las fibras del lotos que te servian de perfumados zarcillos. Mira con que zalameras monadas procura ganar el amor de su compañera, como aspira con su trompa la onda embalsamada por la lluvia de flores de la ribera para inundar el cuerpo de su amada, como arranca las anchas hojas de la planta húmeda y las levanta travieso para poner al abrigo del sol la cabeza de su mitad. »

El héroe se aleja, y Sita queda sola lamentándose sobre la ausencia de sus hijos.

« Este elefante juvenil, « dice, » despierta en mi memoria el recuerdo de mis hijos. ¿ De qué culpa llegué á contaminar mi existencia para ser condenada á no apretar en mis brazos á esos tiernos infantes de rostro agraciado y donoso, coronados de rizados cabellos, abierta la boca por seductora sonrisa, mostrando entre sus labios coralinos dos hileras de perlas semejantes á los pimpollos del jazmin que á la luz despuntan cándidos y olorosos ? »

Entretanto Rama, para quien es invisible Sita, prosigue sus lamentaciones. « Dejadlo llorar, dicen

sus sirvientes, pues á los que sufren cabe el derecho de quejarse y hablar de sus pesares secretos. Por las palabras se derrama el corazón que rebosa, y el alma doliente se consuela contando sus cuitas. El lago que las lluvias hinchan no asola sus playas, cuando, levantándose sus ondas, encuentran fácilmente un desagüe. »

La esposa invisible asiste á los lamentos de su esposo, y la escena se prolonga cada vez mas patética. Rama, en su delirio, manda á su escudero que impela el carro en la dirección del templo, deseoso de sacrificar á los dioses, á cuyo efecto lleva consigo la estatua adorada que le representa su querida Sita.

## XVII

En el cuarto acto, introduce el poeta en la escena al anciano rey, padre de Sita. Sus lamentaciones sobre la suerte de su hija son tan plañideras como las de Priamo y Hecuba en la tragedia griega, á la que exceden en sentimiento religioso.

« El pesar, como una sierra de agudos dientes, parte y desgarrá sin cesar mi sér entero. Todas las veces que me acuerdo de mi hija, este pensamiento contunde mi alma y saja mi corazón. Mi dolor arrastra continuamente nuevas ondas, como un río caudaloso cuyo manantial brota sin intermitencia. ¡ Desdichado de mí, pues aun conservo unida mi

alma á este cuerpo perecedero, á pesar de la edad, de las desgracias, de las austeridades con que he macerado esta carne mortal! Por otra parte no me atrevo á apagar en mí esta débil chispa de vida que me anima, pues el infierno mas profundo en que nunca brilla la luz benéfica del sol, aguarda al miserable que osó llevar á su sér una mano homicida. Mis años se arrastran penosos, y, á pesar de la tendencia calmante del tiempo, mis dolores, acrisolados incesantemente por la memoria, reaniman sin cesar mi existencia... ¡Oh amada Sita! ¿cómo no pudieron apartar todas tus virtudes el fallo acerbo de la implacable suerte? Aun retraza mi memoria tus gracias infantiles, tu rostro radiante de lozana frescura como la flor del lotos, tu fisonomía engalanada aun con las lágrimas ó la sonrisa, primeros esfuerzos para expresar tu pensamiento por palabras. Hija del sacrificio, ¡qué triste es tu herencia actual! ¡Oh tierra, omnipotente diosa! ¡oh fúlgido sol, protector de mi estirpe, y vosotros sabios y santos númenes bajo cuyo amparo se hallaba! ¿qué habeis hecho de mi hija? »

Ambos gemelos se presentan ante el abuelo y la abuela.

« — A medida que se avanzan estos niños, » se dicen ambos ancianos « atraen en su órbita nuestras almas endurecidas por los años, de la misma manera que una vara de imán pone en movimiento una masa de hierro. »

El buen abuelo abraza al niño, y no puede menos de esclamar :

« — ¡ Cómo me recuerdan á Rama estos tiernos infantes! En todo se parecen á mi hijo, en la estatura, en el color atezado de la piel semejante á la hoja negra que flota en el torrente, en su voz sonora y penetrante como el grito del pato silvestre cuando alegre recoge los tallos del oloroso lotos... Pero esos ojos... ¿será ilusion de mi parte? (A Chanaka su esposa.) Pero observadlos vos misma, y decidme si esta mirada viva y elocuente no es la mirada de Sita? »

El interrogatorio de los ancianos padres y las respuestas ingenuas de los niños, recuerdan las de Eliacin en la Atalía de Racine.

Algunos soldados acuden para disputar á los gemelos un caballo escapado, destinado al sacrificio. Uno de los hijos de Rama aguarda á pié firme al enemigo, y, blandiendo su arco bajo una granizada de flechas, esclama disparando las suyas, solo en presencia de sus enemigos. « ¡ Ah! por fin la gloria viene á buscarme. Como la nube ruge iracunda cuando su seno rompe y despedaza el rayo, así se estremece ruidoso mi arco ultriz, alargándose bajo el esfuerzo de mis brazos como se ensancha la enorme boca de Yama para devorar las naciones. »

A consecuencia trábase una reñida refriega, cuyo carácter pintoresco deja en zaga la prolija descripcion de los porfiados combates de Homero.

Uno de los testigos esclama al presenciar el denuevo del adolescente :

« — Me recuerda á Rama, tal como era en su juventud, cuando disparaba sus saetas contra los espíritus impuros.

« No puedo menos de avergonzarme cuando considero su valor, y cuando lo contemplo tan sereno como terrible en lo mas recio de la refriega... » En el aire que oscurece una nube pulveralenta, fulgura cual fulmínea centella su llameante cuchilla. En vano se precipitan los carros con fragor horrible que aumenta el metálico estrépito de las campanillas; en vano se avanzan los monstruosos elefantes semejantes á nubarrones preñados del rayo y envueltos en la oscuridad borrascosa de la batalla; el héroe impávido opone excelsa frente á cuantos peligros pueden amenazar su existencia, y el clamor belicoso que exhala su pecho resuena sobre el redoble de los tambores, mas tremendo y ruidoso que el grito del elefante que repiten los ecos de la montaña. En torno de su persona afluyen enjambres de enemigos, en cuyas cabezas se pintan á la vez el miedo y la frenética rabia... Temblorosos de pavor como si se abriese la boca de Yama para devorar al mundo, tiemblan, vacilan y huyen en presencia del varon hazañoso... Volemos á su socorro.

« — Este jóven debe poseer armas celestes, » dice otro testigo.

« Nada es mas cierto, responde un tercer perso-

nage pues, efecto de un cambio terrible que hiela la sangre de pavor, la oscuridad sucede á los deslumbrantes destellos. Como un ejército pintado, tal se detiene nuestra gente, efecto de un irresistible hechizo; mientras que, como los picos de Vindia, flotan en el cielo vapores espesos y hacinados. Las tinieblas salen de las cavernas infernales y por do quier se difunden espesas. Tal como se nota en el bronce licuefacto, llamas siniestras y rutilantes atraviesan la oscuridad, y el viento muge á lo lejos como si se acercase el fin del mundo. »

Un guerrero audaz se muestra para combatir cuerpo á cuerpo al hijo de Rama.

« — Su furor amenaza reventar y estallar como la llama; todos sus miembros palpitan agitados por la cólera; sus ojos, inyectados de sangre, brillan como el lotos rojo; sus pálidas mejillas, sus contraidas cejas, se asemejan á la luna ofuscada de máculas amarillentas, ó bien al lotos marchito en el cual se revuelca la afanosa abeja con susurrantes alas. »

Píndaro tiene menos fuego, y Homero menos imágenes.

### XVIII

El mismo Rama comparece para separar á los combatientes. El guerrero, dice el poeta por la voz del coro, aparece en medio de un lívido fulgor :

olas de fuego silvan y serpentinas se enroscan á sus remos descomunales. El semi-dios desciende y felicita al belicoso adolescente á quien aun no conoce.

« — Este niño, dice, se ha conducido como un guerrero digno de este nombre, al no sufrir impunemente el ultraje y la insolencia, pues cuando lanza sus ígneos rayos el astro del día, la piedra solar los refleja aun mas ardientes. »

A la sazón se muestra su segundo hijo Cusa, que regresa de los lugares consagrados. Rama no puede menos de turbarse á su vista.

« — Es cosa rara, » dice, « que me basta tocar á estos dos adolescentes, para que se difunda en todo mi sér un dulce estremecimiento, al paso que á la manera de cálido rocío mi cuerpo inunda un sudor repentino producido por el exceso de ternura. Los ojos, los modales de estos tiernos manebos acusan un origen regio; y, en sus cuerpos, naturaleza depuso signos de grandeza, como esos rayos de luz que abrigan las piedras preciosas, ó las gotas de néctar contenidas en el cáliz del amable lotos. Estos signos indican una destinacion gloriosa, como la que está reservada únicamente á los hijos de Ragú. El color óscuro de su atezada tez evoca el azulado cuello de la paloma, y sus espaldas poseen la anchura de las del monarca de los bosques. Su mirada intrépida es tremenda como la del leon furioso, y el metal sonoro de su voz resuena como el tambor sagrado cuando convoca á los fieles al sacrificio. En ellos veo no solo mi propia imágen, sino el aire y

fisonomía de Sita, cuyo rostro hermoso como el lotos se halla siempre presente á los ojos de mi alma. Tales eran sus dientes tan blancos como perlas; tal era su labio delicado, su oreja redondeada, sus ojos expresivos, si bien fiera llameaba su mirada como la del hombre... Estos dos gemelos viven en este bosque en que fué abandonada Sita, y su fisonomía recuerda la de esta muger incomparable.... Cuando considero estas armas divinas milagrosamente deparadas por una mano invisible, que, segun el oráculo de doctos varones jamás deben abandonar nuestra familia sin motivo... Por otra parte bien presente tengo el estado en que se hallaba mi esposa, cuyo seno contenia la dulce esperanza de mi stirpe. Estos diversos pensamientos ocupan mi alma, y mi corazon llenan de esperanza é inquietud. ¿Cómo podré saber la verdad? ¿Cómo podré preguntar á estos donosos niños la historia de su nacimiento?...

## XIX

Aquí cambia de repente la' escena de decoracion y de aspecto; y el poeta, deseoso de precipitar un desenlace feliz, remonta á doce años atrás. Oyense á lo lejos allende los bosques y las márgenes del rio, los gritos de abandono y dolientes gemidos de una esposa abandonada, cuyo seno da luz á dos gemelos recogidos por los bramios y adoptados por las sagradas ninfas.

Lleno de piedad y amor, cree soñar Rama. « Rey, le dice un sabio anacoreta, » ¿ cómo no acertáis á comprender lo que aquí indirectamente os significamos, en accion y no en narracion, esto es el nacimiento de estos dos niños hijos vuestros?

« Callen las voces y los instrumentos de música, « prosigue dirigiéndose á los actores, » y contemple todo el mundo las maravillas que va á operar el poder de un dios. »

Despues se muestra Sita levantada y conducida por las aguas del Ganges, y rodeada de divinidades propicias.

« — Recibid « dicen estas divinidades á Rama, » recibid una esposa casta y fiel. »

El padre, la madre, el esposo, la esposa, los hijos, todos se reconocen, se abrazan y se confunden en el júbilo mas inefable.

Entonces comparece en la escena el director del teatro, en trage del santo anacoreta á quien debe el héroe la dicha de haber hallado á su hijo y esposa.

« — Rama, « dice al héroe, » ¿ qué podemos hacer para aumentar tu felicidad? »

El príncipe se levanta y responde en estos términos :

« — Piadoso solitario, solo me queda un deseo cuya realizacion me hará feliz : puedan los cantos inspirados que celebran esta historia, embelesar y santificar las almas de los espectadores ; y como las aguas purificadoras del Ganges, lavar nuestros pe-

cados. Puedan la imaginacion dramática y el gusto del autor redundar en honra y gloria del gran Maestro que inspiró é iluminó su mente, y pueda iniciarnos cada vez mas el vate en la ciencia infinitamente superior á las demás ciencias, en la ciencia que nos da el conocimiento de las perfecciones del único sér en quien se resumen todos los seres, en una palabra, de Dios. »

Con estas palabras concluye el poema dramático, y el pueblo sale edificado del teatro como de un templo en el cual el placer sirve de móvil á la virtud.

Tales eran las representaciones dramáticas de la India primitiva, mientras que las mas densas tinieblas envolvian ambos hemisferios, salvo algunos países privilegiados que apenas empezaban á balbucear la lengua de la filosofía, de la poesía y del arte. Así, mal que les pese á los que opinan como Voltaire, del Oriente nos viene la luz moral no menos que la luz física ó celeste que á la primera simboliza.

#### EPISODIO.

Hemos leído, como todo el mundo, los dos tomos publicados recientemente por M. Victor Hugo, é intitulados *Contemplaciones*. No conviene á un poeta emitir un fallo sobre la obra de otro poeta, su contemporáneo y antiguo amigo ; pues la crítica podría achacarse á rivalidad, y ser sospechoso el encomio